

El Lamento del Hombre Muerto (Katherine) Capitulo
tercero



Capítulo 1

Katherine

Habían pasado catorce años de la última vez que Katherine paso por aquel sendero de gravilla verdosa y tierra ennegrecida. Todo había cambiado en poco tiempo. Parecía otro lugar, lejano e inhóspito, sacado de los libros.

El día había comenzado con un cielo completamente despejado. Una suave brisa cálida mecía las frágiles ramas y las finas hojas de los álamos que se encontraban a su paso. El cantar de los pájaros llenaba el ambiente de una suave melodía. Hubiera deseado detener su caballo y disfrutar de aquella tranquilidad, bajo la sombra de algún árbol, sobre la suave hierba besada por el rocío. Pero no podía ¿O sí? Podía hacer lo que quisiese. Siempre lo había hecho.

El paso del tiempo había hecho estragos en el viejo camino del lago. Antes de su partida, aquel camino siempre estaba transitado por comerciantes llegados de todos los rincones de la región y viajeros que se dirigían a los pueblos cercanos a su casa. Cuando era pequeña, el gran lago siempre estaba repleto de pequeñas embarcaciones con sus pescadores y sus cañas de mimbre, y ahora después de tantos años, solo quedaban algunas barcas encalladas en la orilla noroeste. Sus velas ya no ondeaban, su madera estaba podrida y sus pescadores con sus cañas desaparecidos en el tiempo. Nadie lloraba ya por ellos. Nadie.

Las horas pasaron. Lentas como tortugas.

Una extraña sensación invadió a Katherine Grips. No podía evitar dejar de mirar en todas direcciones. Estaba nerviosa. Solía pasarle cada vez que tenía que hacer algo que la devolviese al pasado. Ese terrible enemigo al que solo podía derrotar con la muerte. La suya.

Sus dos amigos la seguían muy de cerca, Din y Judit; dos huérfanos que Katherine había conocido cuando paseaba de vuelta a casa. Miró como mendigaban cerca del gran palacio de la ciudad de Linberis. Sus caras estaban cubiertas de mugre. Sus ropas raídas. Y los huesos marcados en la piel. Durante semanas ella había estado llevándoles comida al barrio de los curtidores; pan, fruta, pescado en salazón y carne asada. Hasta que un cálido día de verano, Maira, la mujer de Jon Tacris, miembro del consejo y buen amigo de su padre, la pilló mientras cortaba un trozo de carne de una pata de cordero asado. Después de amenazarlos con fugarse y otras tantas cosas que ya no recordaba, logró convencerlos para que Din y Judit pudieran quedarse en su casa. Desde aquel día fueron inseparables.

Un ruido proveniente de unos matorrales que se encontraban entre dos grandes álamos, llamó su atención. Hasta el momento solo habían escuchado el tronar de los cascos de los tres caballos, seguido de los constantes relinchos.

<<Ellos también lo han sentido>> Katherine acarició las crines de Testarudo.

—¿Habéis oído ese ruido?— preguntó Katherine mirando hacia el bosque. Era una joven de veinticuatro años, alta, de ojos marrones con un pequeño lunar negro y pelo rojo como el fuego, recogido con una larga trenza.

—Parece que viene del interior del bosque— respondió Judit. Su caballo se retorció con brusquedad. Tenía la boca manchada de babas blancas como la nieve sucia.

—Voy a echar un vistazo— Katherine bajó de Testarudo. La gravilla crujió bajo sus botas altas, decoradas con cientos de rosas rojas. Desenvainó su espada para dirigirse hacia el ruido. Su acero era azulado—. Quedaos aquí. Y prestad atención por si lo que ha hecho ese ruido está acompañado.

<<Parece que aún queda alguien>>

—Quieres que te acompañe— dijo Din sin prestar atención a sus palabras. Estaba dando bocados a una naranja.

—Tranquilo, se cuidarme yo sola— susurró. Tomó aire. Sus pechos se hincharon bajo el corsé a juego con las botas. Soltó un suspiro.

Katherine se adentró unos metros en el interior del bosque, esquivando matorrales y piedras. Oyó de nuevo el mismo ruido. Caminó despacio hacia un grupo de piedras en parte oculto por un matorral y musgo color verdoso. Cuando ya estaba muy cerca, casi tanto que podía oler la humedad que manaba del musgo, salió de una pequeña cavidad que había entre las rocas, un pequeño conejo blanco con manchas marrones y hocico rosado. Katherine esbozó una sonrisa. Cuando tenía siete años su abuelo le regaló un conejo parecido al que llamo Manchitas. Tras quedarse un rato obnubilada con aquel animal, decidió volver hacia el camino para ponerse en marcha. Había estado demasiado tiempo entre recuerdos.

<<Ya no soy una niña, soy una mujer adulta. Ya no soy una niña, soy una mujer adulta.>> Se dijo una y otra vez sin llegar a creerse del todo sus palabras. Por las noches soñaba con la infancia que le fue arrebatada. En sus sueños se veía jugando con su amigo Thomas y los hijos de las vistas que recibía su padre. Corrían sin descanso por la colina del Saco

Empapado. Cantaban, gritaban y sonreían. Eran felices.

Cuando Katherine se giraba para ver a sus amigos, las sombras los consumían en una nube negra. No cantaban, ni reían, ni gritaban. Solo se quedaban allí, de pie, esperando a ser consumidos con el rostro pálido y los dientes negros. Giraba sobre si hasta que los altos árboles se retorcían y se convertían en solidas paredes adornadas con la sangre de sus padres. La niña caminaba por un largo pasillo con ríos de sangre corriendo por sus pequeños pies. Estaba fría, podía sentirlo con cada uno de los dedos. Cuando llegaba al salón despertaba sin poder ver los rostros borrosos de los asesinos de sus padres.

A media mañana llegaron a lo que quedaba de su hogar. <<Ya estoy aquí>> Katherine detuvo su caballo. La mente se le llenó de recuerdos, de tiempos felices en los que solo era una niña inocente e indefensa que jugaba con una muñeca de trapo, mientras observaba tumbada sobre la hierba las mariposas que se posaban sobre las flores. Cuando bajo de Testarudo, se quedó un rato mirando a su alrededor. Todo estaba tan...diferente. Una parte de la casa estaba destruida, y a la otra no le faltaba mucho para seguirla. Avanzó unos pasos hasta detenerse junto a lo que quedaba de la valla que separaba el jardín del camino. Solo unos cuantos trozos permanecían aún en pie, el resto estaba pudriéndose dispersos por el suelo, o habían sido robados por los transeúntes para algún tipo de reparación.

El sendero de piedra que la llevaría hasta la puerta estaba oculto por las hierbas que ella mima solía arrancar después del desayuno.

<<Yo pinté esa flor>> apartó con la punta de la boca un hierbajo con un pequeño sendero de babas dibujado sobre sus hojas y su tallo. La flor quedó al descubierto. El sol iluminó sus descascarillados pétalos rosas mal pintados. Lo miró. Pensó en ese día. Se agachó. Fue un amigo de su padre quien le regaló la pintura con la que marcó casi toda la valla. Cogió el trozo de tabla, y lo lanzó contra el tronco seco de una secuoya. La madera revotó y fue a parar a un charco. La flor desapareció.

Recorrió el pequeño trecho con gran pesar. Tuvo que contenerse las lágrimas. Cuando llegó hasta la puerta, la empujó con fuerza hasta que consiguió abrirla. Después de tantos años, restos de tierra, hierba y madera la habían atrancado. <<Podía haberse atrancando cuando esos hombres irrumpieron en nuestras vidas>>

Capítulo 2

Recorrió el pequeño trecho con gran pesar. Tuvo que contenerse las lágrimas. Cuando llegó hasta la puerta, la empujó con fuerza hasta que consiguió abrirla. Después de tantos años, restos de tierra, hierba y madera la habían atrancado. <<Podía haberse atrancando cuando esos hombres irrumpieron en nuestras vidas>>

Un gran agujero en el techo del salón, desde donde podía verse como el sol entraba y hacia brillar un trozo de cristal verde, le dio la bienvenida a su antigua casa. Todo a su alrededor estaba destrozado: muebles, cristales, platos, vasos, paredes... Solo en sueños había visto esa parte de la casa. Tras echar un ligero vistazo, torció hacia la izquierda para tomar el pasillo que la llevaría directa a su cuarto. Dejó escapar una lágrima. Otra más. Esquivó un agujero que había en mitad del pasillo. Las goteras estaban pudriendo casi toda la casa. En unos años mas no quedaría nada salvó rocas y recuerdos, y pronto ellos también se desvanecerían.

Cuando llegó, abrió la puerta con suavidad. No había cambiado casi nada. Las viejas y oxidadas bisagras le dieron la bienvenida con el mismo chirrido burlón.

<<Estas rota. Tú y toda tu familia>>

Katherine se quedó mirando fijamente la ventana por la que escapó. <<Después de tanto tiempo, aún sigue abierta por el mismo sitio>> Comenzó a dar pequeños pasos por la habitación. La alfombra de lana color blanco que compraron a un mercader de las islas del Trébol Roto, estaba casi irreconocible, adornada por manchas de todos los colores y formas.

<<Esta lana puede aguantar cualquier cosa. Podéis dejarla fuera y no le pasara nada>> le dijo el embaucador comerciante a su padre.

—Te engañó padre. Esta lana no es buena— dijo. Se restregó las manos contra los ojos.

Al llegar a la estantería donde guardaba todos los libros, ninguno de ellos la adornaba ya. Una maraña sucia de telaraña cubría los estantes en su lugar. En su interior tenía la esperanza de que se hubieran salvado, aunque solo fuese uno.

La pequeña cama había servido muy bien a los animales salvajes. <<Al parecer esto es lo único que aun sirve de esta casa.>> se dijo. Quería salir de allí cuanto antes. No podía pasar más tiempo entre sus recuerdos

rotos.

<<Estas rota. Tú y toda tu familia>>

Al salir de la habitación se dio cuenta de que su muñeca de trapo, la que su abuela le hizo al nacer, permanecía tirada en el suelo, cubierta de polvo y excrementos de pájaros. Se agachó y la sacudió. De ella salió una nube de polvo grisácea. La guardó en su mochila, junto con una pequeña cajita de madera adornada con motivos florales que encontró bajo una vieja silla. Se miró por última vez en el espejo. <<A cambiado mucho su reflejo>> la niña dio paso a la mujer.

Cuando salió de la casa, volvió a restregarse las manos contra los ojos. No podían verla llorar.

Sus dos amigos permanecían firmes, con las miradas clavadas en el bosque. El acero de las espadas brillaba bajo el ardiente sol.

<<Ellos son ahora mi familia>>

—¿Qué pasa?— preguntó Katherine. <<Otro conejo asustadizo>>

—Hemos visto la sombra de un hombre en el bosque— dijo Din forzando la vista—. Deberíamos ir a comprobarlo. Esos bandidos creen que pueden robarnos.

—Bien— dijo con voz cansada—. Judit quédate aquí mientras Din y yo vamos en busca de esa sombra— Katherine salió del jardín. Caminó por la hierba, pisando trozos de valla podrida y mohosa con algunas setas creciendo sobre ellas. Se topó con uno de los postes. La talla de la rosa ya no se apreciaba en la madera.

Katherine miró hacia la maleza, donde aseguraban haber visto aquella sombra. Se fue acercando poco a poco. A medio camino vio cómo se movían las ramas de una zarzamora al mismo tiempo que las jugosas y redondeadas moras cubiertas de finas hebras iban cayendo al suelo embarrado, salpicado por los últimos vestigios del roció. De repente salió torpemente un joven que le resultaba algo familiar. El joven de apesto descuidado y un poco delgado, llevaba un pequeño hacha en la mano que movía de un lado a otro en tono amenazador. O lo intentaba.

—¿Thomas?— preguntó Katherine sorprendida al mismo tiempo que bajaba su espada. Su amigo Thomas siempre había sido muy torpe y descuidado. Los años no lo había hecho cambiar—. ¿Eres tú?

La miró pensativo, de arriba abajo. Ya había visto ese pelo rojo y esos ojos marrones. Cuando se dio cuenta de a quién estaba amenazando, arrojó el hacha al suelo y corrió para abrazarla. Tras un breve instante,

apartó a Thomas hacia un lado para poder envainar su espada. El acero le pesaba en sus manos manchadas por la tristeza. Al ver que Katherine conocía a aquel joven, Din y Judit la siguieron. Judit se acercó a la maleza para ver si había alguien más escondido. Tras un ligero vistazo volvió con el grupo.

—¡Katherine!— gritó Thomas Carflint. En su polvorienta cara salpicada por el sudor había una gran sonrisa que le recorría de oreja a oreja.

—Me alegro de volver a verte Thomas— dijo. Intentaba no mostrarle la tristeza que sentía.

—Y yo Katherine— le dijo en tono afectuoso, con los ojos abiertos como platos.

—¿Qué hacías hay escondió?— preguntó Katherine.

—Estaba recogiendo leña— dijo mientras recogía el hacha del suelo. La hoja desdentada salpicada de óxido se había manchado de barro.

—¿Durante cuánto tiempo nos has estado siguiendo?

—¿Siguiendo?— dijo Thomas muy extrañado—. No os he estado siguiendo. Llevo aquí casi una hora cortando leña— señaló al bosque—. Ya te lo he dicho, ¿no me crees?

Una bandada de pájaros blancos con rayas grises y largas colas, cruzó el cielo.

—¿Había alguien más contigo?— preguntó Judit. Estaba entre Katherine y Din, tan lejos como pudo del olor a rancio de Thomas.

—No— respondió en tono serio—. Me conoces muy bien. No soy de los que siguen a los viajeros, y menos aún si son amigos. En qué clase de persona piensas que me he convertido.

—Te conozco. Pero llevo años sin verte. Yo he cambiado como puedes ver, ellos han cambiado, hasta tú has cambiado— le dedicó una sonrisa.

<<Estas rota. Tú y toda tu familia>>

—No he seguido en mi vida a nadie. Ya te lo he dicho.

—Déjalo— el tono seco con el que le respondió Katherine hizo que Thomas guardase silencio.

—¿Por qué has regresado después de lo ocurrido? Pensé que no volvería a

verte jamás.

Sus palabras se clavaron profundamente en su corazón.

—He venido en busca de algunas respuestas— contestó Katherine.

—¿Te quedarás algún tiempo?

—No— le dijo. Judit comenzó a intercambiar susurros con Din—. Aquí ya no queda nadie que pueda contarme todo lo que le sucedió a mi familia.

—Ah— dijo Thomas Carflint algo decepcionado—. Creo que puedo ayudarte en eso. Bueno en realidad es mi tío el que te puede ayudar no yo.

—¿Dónde está tu tío?— preguntó. Al otro extremo, Din soltó una sobre una broma que su amiga hizo sobre Thomas.

—Mi tío y yo nos fuimos después de que ocurriera todo. Yo me vine solo hace unos años para encargarme de la granja. Pero puedo decirte donde vive. Esta solo a unos días de aquí, hacia el norte, cerca de los grandes campos de trigo.

—¿Podemos quedarnos esta noche en tu casa?— le preguntó a Thomas—. Nos quedaríamos aquí si la casa no estuviese en ruinas.

—Si— dijo con una gran sonrisa. Parecía haberse olvidado de la anterior conversación. Si Thomas no había cambia como el mismo afirmaba, la conversación estaba muy lejos de quedar en el olvido—. Además tengo algo que enseñarte que seguro que te gustara.

—Gracias Thomas. Intentaremos molestar lo menos posible.

Capítulo 3

Thomas recogió la leña de álamo que había estado cortando. No era buena leña. Estaba húmeda y carcomida. Para cuando pudiese utilizarla, ya no quedaría nada. Se la echó a la espalda y la cargó en la mula que lo había acompañado en el duro camino, para ponerse en marcha hacia la granja. La mula soltó un berrido. Los últimos rayos de sol comenzaron a esconderse y un viento frío comenzó a soplar. El tiempo cambiaba con rapidez.

—¿Qué has estado haciendo todos estos años?— preguntó Thomas al mismo tiempo que acariciaba las crines de uno de los caballos.

—He estado viajando por todo el continente y las tierras más allá del mar de Careleum— respondió Katherine.

—A mí también me gustaría viajar a todos esos lugares. Ver sus ciudades, a sus gentes y probar sus comidas. <<Lo que más me gustaría es matar a todos esos que han rechazado a nuestro único y verdadero dios inmortal>>

—Cumple ese deseo antes de que sea demasiado tarde— Katherine lo miró—. Cuanto más lejos te marches de aquí mejor. Aquí ya no queda nada más que pobreza y muerte.

—Pronto— dijo Thomas muy serio—. Aún tengo cosas que hacer por aquí. Cosas muy importantes que cambiaran mi vida.

—Como quieras— Katherine no tenía ni remota idea de a que se podría referir, si solo era un granjero, y por el aspecto que tenía no muy bueno—. Cuando te decidas ven a visitarme a la capital, te conseguiré un barco que te llevara allí donde quieras.

—Gracias Katherine.

Al llegar a la granja, el manto de noche había caído sobre ellos. Katherine recordó la granja tal como era.

Detrás de la casa familiar se encontraban los establos, donde Katherine y Thomas iban a dar de comer a los caballos y a otros animales que su tío poseía; una mula de carga, dos bueyes blancos y una yegua. Justo al lado se encontraría el gallinero y dos cercas con dos vacas igual de delgadas que su dueño, y cinco ovejas cubiertas de lana gris. A escasos metros se encontraba un pequeño huerto con sus habas recién nacidas, lechugas y muchas más hortalizas de temporada. El gran nogal, al que Katherine se subía para coger nueces, seguía allí tan imponente, aunque algo más descuidado. En su base podían apreciarse los brotes de una

higuera.

Thomas dejó la leña más húmeda en un cobertizo que había junto a la casa. La pila de troncos no ocupaba ni la mitad del cobertizo. <<Pasara frío si no consigue más>> pensó Katherine

Cuando entraron dentro de la casa, dejó el resto de la madera junto a la chimenea para que se secase. No le duraría más de media hora. Din lo siguió, y cuando su anfitrión se apartó, echó algunos troncos al interior. Sacó un pedernal y sobre un poco de paja logró sacar una llama que alimentó con unas tablillas.

Mientras tanto, Thomas fue a la cocina en busca de algo de comer para sus invitados. Katherine, Din y Judit se sentaron alrededor de una gran mesa cuadrada de roble, con dos velas diminutas que acababan de encender.

Thomas salió de la cocina con una gran bandeja de madera. La soltó sobre la mesa. Katherine pudo ver que había un pollo desguazado, seguramente de esa misma mañana, una hogaza de pan y un cuenco con aceitunas aliñadas con vinagre y unos picantes. Thomas se dirigió a un mueble que había junto a una ventana que daba directamente a una gran higuera de higos negros, de su interior sacó una jarra de cerámica llena de cerveza y una botella de vino tinto sin descorchar.

—Espero que este vino os guste. Yo mismo he recogido y pisado las uvas.

—No he visto ningún viñedo por aquí cerca— dijo Judit. Cuestionaba todo lo que no podía ver y desconfiaba de todos aquellos a los que no conocía.

—Fueron talados hace cosa de cuatro...tres años. En su lugar sembraron trigo para hacer pan— descorchó la botella y tiró con desprecio el envejecido corcho junto a Judit—. Aquí no tenemos tanta comida como en la ciudad.

—En la ciudad sobra— dijo con ironía. Antes de coger un poco de carne con pan de almendras y una copa de vino.

—Eso es cierto— afirmó Din mientras daba pequeños sorbos a la cerveza. Se macho la barba de espuma blanca. Tenía los ojos azules.

Judit soltó una carcajada. Se echó su pelo castaño hacia atrás para que no se manchase de la grasa del pollo que chorreaba sobre plato. Katherine cogió un poco de pechuga, un trozo de pan y de beber pidió a Thomas un poco de agua.

Mientras que los improvisados invitados devoraban con ansia la comida, Thomas se dirigió al sótano que había bajo la cocina. Bajó las escaleras sin más compañía que la ofrecida por la antorcha y el crujido de los tablones. Recordó las reuniones que su tío organizaba en la granja, los gritos de aquellas personas y el olor a cordero asado impregnado en hierbas aromáticas y setas silvestres que recogían por la mañana.

Una vez estuvo en el sótano, colgó la antorcha de una argolla de metal batido que había clavada en la pared de ladrillos rojizos. Avanzó unos pasos por el suelo de tierra y se detuvo frente a una estantería cubierta de polvo. Retiró unos cofres viejos y unos libros más viejos aun. Sacó algo envuelto en un trapo y lo deslió. Soltó un estornudo. Llevaba años sin bajar. Le traía demasiados recuerdos de su pasado que se esforzaba en no recordar. La tela estaba endurecida. Dos libros quedaron al descubierto. Eran de cuero liso y agrietado. Abrió uno de ellos.

—No sé cómo puede gustarle esto— hojeó las quebradizas páginas. No encontró nada que pudiera interesarle más que el polvo que flotaba a su alrededor—. Son cuentos para niños.

Salió del sótano.

Capítulo 4

<<Se alegrara más por ver estos libros que de verme a mi>> Caminó hasta la mesa y los puso sobre ella. El polvo que aún quedaba retenido salió disparado. Katherine apartó la mirada del plato y miró los libros.

—¡Esos son mis libros!— exclamó Katherine exaltada, mientras se limpiaba las manos con una de las servilletas de tela para coger uno de ellos—. ¿Por qué los tienes tú? Cuando no los vi en la estantería de mi habitación creí que no los volvería a ver jamás.

<<Estas rota. Tú y toda tu familia>>

—Esa noche mi tío y yo oímos unos gritos provenientes de tu casa— dijo Thomas mirando a Katherine—. Mi tío entró en mi habitación y me dijo que me escondiera en el sótano que hay en los establos. ¿Te acuerdas de ellos? Solíamos jugar allí de niños. El salió de la casa para ir en ayuda de tu familia. Yo lo seguí sin que se diese cuenta. Cuando ambos llegamos a la casa, ya era demasiado tarde— su voz sonó con tristeza—. Yo entré en tu habitación por una ventana que estaba abierta y cogí estos dos libros, el resto los deje allí. Pesaban demasiado. Me adelanté a mi tío, tapé los libros con una sábana y los guardé debajo de unos tablones sueltos que había debajo de mi cama. Poco después de que mi tío regresara, él y yo nos fuimos a otra casa que tiene cerca de Seis Coronas. Cuando yo regresé hace unos años los volví a sacar y los guardé en el sótano con la vana esperanza de poder devolvértelos algún día, ya que no vi tu cuerpo no sabía si estabas...muerta.

Judit cogió el tomo más pequeño. Lo examinó con detenimiento.

—¿Vistes también...?— preguntó Katherine sin poder acabar la frase.

—No— dijo Thomas—. Entré en tu cuarto por la ventana y me fui corriendo antes de que mi tío llegara y viera que no estaba donde me había dicho. No quería hacerlo enfurecer. Ya sabes de que mal humor se ponía cuando le desobedecía.

—¿Sabes que pudo pasarles al resto de los libros?— preguntó— Katherine preocupada por su tesoro de papel y cuero. No parecía importarle si Thomas vio algo más esa noche. No estaba segura de poder mantener las lágrimas a raya. No podían verla llorar.

Katherine abrió el libro por una página en la que había dibujado un mapa del continente. Lo observó. Buscó con la mirada donde estaba su casa. Cuando encontró el lugar pasó de página hasta que acabó el libro. No era muy largo. En la mayoría de las páginas no había lugar para las palabras. <<Es un libro para niños— reflexionó mientras sus amigos seguían

comiendo. Hacia un buen rato que Judit dejó de interesarle el libro—. Pero es mi libro>>

—No. Puede que se los llevarsen los saqueadores. Quién sabe— le dijo—. Lo más seguro es que hayan acabado en alguna hoguera. No hay mucha gente que sepa leer por estas tierras.

—Gracias Thomas— Katherine cerró el libro—. ¿Y por qué volviste a la granja?— preguntó más centrada en los libros que en las palabras de Thomas.

<<Toda una vida de esfuerzo para nada>> los libros habían pasado de generación en generación. Se remontaban a los tiempos del emperador niño.

—Volví porque añoraba mi hogar— contestó Thomas mientras se sentaba en una silla—. Mi tío se volvió a casar. Su mujer no quería que entrañase amistad con sus hijos. Esa zorra me odia.

Thomas cortó una rebanada de pan y lo mojó en la salsa del pollo. Su silencio dejó muy claro que no quería seguir hablando más de su tío y de su nueva esposa. <<Después de tantos años sigue siendo el mismo niño inocente.>> Pensó con una sonrisa. Algo había sobrevivido.

—Ha sido un día muy largo— Katherine se levantó de la mesa—. Deberíamos descansar un poco. No sabemos cuándo volveremos a dormir bajo un techo.

Din y Judit se fueron a descansar a las habitaciones de la planta de arriba, mientras que Katherine, permaneció frente a la chimenea, sentada en una mecedora mirando fijamente las llamas. Siempre había sentido gran fascinación por el fuego. Podía pasarse horas mirando como lanzaban latigazos y cambiaban de forma y color.

—¿Por qué me preguntaste antes si había alguien más conmigo?—. Thomas se acercó hasta su amiga.

—Alguien nos estuvo siguiendo durante varios kilómetros— respondió sin apartar la mirada del fuego. Había ocasiones en las que le parecía escuchar como susurraban su nombre—. El consejo.

—No entiendo porque iban a querer seguirte, eres una de ellos, ¿o ya no?

—No lo sé.

Ese <<ella>> le sonó a burla.

—Lo sabrías si no lo fueses.

—Soy una de ellos— decir aquellas palabras le causó un gran escalofrió.
<<Esa es mi herencia>>

—¿Por qué iban a querer seguirte?— volvió a hacerle la misma pregunta.

—Puede que algunos miembros del consejo quieran ver mi muerte, últimamente he estado haciendo muchas preguntas. Se han puesto muy nerviosos.

—Puede que fuese un simple ratero. En los últimos años ha aumentado su número. Estaría esperando a que os durmierais para robaros. <<Solo mis amos puede decidir quién muere y quien vive>>

—Puede que sí. Quien sabe— Katherine miró a Thomas fijamente hasta que este apartó la mirada algo nervioso por la forma en que ella clavaba sus ojos en él. Era algo tímido con las mujeres. Tal vez porque de niño tenía la cara llena de granos y tartamudeaba cuando se ponía nervioso. Solo ella lo había defendido de los demás niños. Nunca lo había visto capaz de aguantarle la mirada a ninguna mujer que se le hubiera acercado, aunque eso ya no importaba.

—Yo también me voy a descansar. No te preocupes por nada, todo se arreglará cuando hables con el consejo. Solo tienes que dejar encerrada a la Katherine que yo cosco y todo irá bien.

—Gracias Thomas— por primera vez en mucho tiempo su sonrisa fue sincera. Se había olvidado de lo que se sentía al <<sonreír>>

—Para eso están los amigos— dijo mientras se alejaba y la dejaba con el chisporrotear de los troncos como única compañía.

Capítulo 5

El día amaneció precedido por el canto del gallo. Aún seguía gustándole ese ruido. Del fuego de la noche anterior ya solo quedaban las ascuas latentes como corazones, y algunas llamas que no tardarían mucho en extinguirse. Judit fue la primera en despertarse, después de tantos años viajando y durmiendo en todo tipo de lugares, aun no se había acostumbrado a los sonidos del campo. Al bajar al salón, vio como Katherine dormía en un sofá de piel color mate que había junto a la chimenea, algo desgastado por los reposabrazos y la espaldera. En algún momento se había quemado por su costado derecho. La piel estaba quebradiza y ennegrecida.

Judit caminó hacia ella con cuidado de no despertarla con brusquedad. Al tocarle el hombro Katherine se despertó muy alterada por el sueño que había tenido. Puso en el suave y húmedo cuello de Judit un cuchillo curvo con engastes en oro y jade que guardaba debajo del cojín que usaba como almohada.

—¡Tranquila Katherine soy yo, Judit!— dijo mientras los ojos de su amiga la miraban casi inexpresivos e inquietos—. Tranquila. Soy yo, tu amiga.

Tardó unos segundos en retirar el cuchillo.

—Lo siento, estaba teniendo una pesadilla— Katherine retiró el cuchillo, y se sentó en el sofá—. No volverá a pasar— se apartó el pelo de la cara.

—¿Dónde está Din?— Katherine alzó la mirada.

Thomas ya había puesto el desayuno sobre la mesa. Esa mañana había preparado unos huevos revueltos acompañados con unas rebanadas de pan con aceite, las aceitunas que habían sobrado de la cena y algo de bacón quemado por los extremos. No destacaba tampoco por su cocina. En realidad no destacaba casi por nada.

—Está durmiendo— respondió Judit. Se tocó el cuello. Estaba un poco enrojecido. Nada de lo que preocuparse.

—Ve a despertarlo por favor— tenía el pelo rojizo enmarañado. Las cuerdas del corsé desanudadas. Era negro con adornos en rojo y dorado—. No quiero que este durmiendo todo el día. Dile que partiremos lo antes posible. Bastante tiempo hemos perdido ya.

<<Estas rota. Tú y toda tu familia>>

Las escaleras por las que subió a la planta de arriba estaban muy desiguales y torcidas. Katherine siempre las había visto así. Torcidos como los dientes del tío de Thomas. Pasó por un estrecho pasillo repleto de los retratos de la familia de Thomas. Había más mujeres que hombres. Tocó con el puño enguantado en cuero y metal en la primera puerta que se encontró. Tras ver que no se abría decidió entrar. Din dormía sobre un colchón con tanta humedad como la que había en las paredes verdes. Tenía las sábanas enredadas en el torso. Una pierna le sobresalía por un lado de la cama. Un leve silbido salía de su nariz.

—Din...Din. Katherine te llama— dio una patada contra la cama. Una rata salió despavorida.

—Joder Judit ya voy. No sé porque tenéis tanta prisa, aquí ya no hay nada más que hacer. Déjame descansar por una vez.

—Por eso mismo nos vamos.

—¿Y a donde sí se puede saber?— se levantó de la cama. Bostezó y comenzó a ponerse las botas.

—Vamos a la casa del tío del amigo de Katherine, ¿ya se te ha olvidado?

—No— volvió a bostezar. Esta vez con más fuerza.

—Date prisa, antes de que empiece a impacientarse.

Din bajó a los diez minutos, desorientado por el sueño. Se sentó junto a Judit con brusquedad. La silla soltó un crujido. No llevaba muy bien lo de madrugar.

—¿Dónde está tu amigo Katherine?— dijo Din entre bostezos.

—No lo sé. Creo que esta fuera.

Thomas entró por la puerta pocos minutos después, cargado con un cubo de madera y un cepillo de raíces.

—Perdonad que no os acompañe. Pensé que sería mejor preparar los caballos para que prosiguierais vuestro camino lo antes posible.

—No sé cómo podré pagarte todo lo que estás haciendo por nosotros— Katherine se levantó de la mesa y sacó de una bolsita marrón algunas monedas de oro y plata. Por una cara estaba plasmada el emblema del rey que no reinaba desde hacía cientos de años: una pluma negra con lamas azul hielo en cada punta, y en la otra cara había representado el edificio del consejo. Lo antiguo contra lo nuevo. Era la forma en la que los nuevos gobernantes recordaban a los ciudadanos más arraigados en el

pasado que ellos gobernaban sobre sus vidas.

—No quiero tu dinero— dijo Thomas con humildad—. Vuestra compañía es suficiente pago. Además, en que iba a gastarlo. Ya no hay mercados ni mercaderes. La tierra es todo lo que necesito para vivir.

—Deja que al menos te pague las provisiones que nos has dado.

—No insistas, ya te he dicho que no—. Thomas le dedicó una sonrisa por si la contestación que le dio pudiese sentirle mal.

—Puedes usarlo para tu viaje. En la ciudad no hay tierra de la que puedas vivir. No podrás pagar al capitán de un barco.

—Estaría bien ver a uno que aceptase tierra como forma de pago— dijo Din—. Solo faltaría encontrar una taberna y un prostíbulo que también cobrara en...tierra. Me llevaría un saco.

—Puede que el capitán de Agua Dulce acepte— dijo Judit—. Tiene cierta obsesión por cultivar en alta mar. Dice que será la única forma de sobrevivir cuando todo quede bajo el mar— cogió una aceituna con demasiado picante—. Ahora no recuerdo su nombre— dijo con la boca llena. Muy impropio para una mujer con su educación.

—Se llama Jon pies de Alga— respondió Din. Sus pies eran de un tono verdoso y rugoso que se extendía hasta las rodillas—. Su barco navegaría mucho mejor si fuese a la deriva— el barco contaba con veinte remos torcidos y astillados a cada lado. La vela estaba deshilachada y parcheada, y eso cuando el viento no se la había llevado—. No te lo aconsejo, a no ser que estés igual de loco. Si es así date prisa en buscarlo. Su tripulación esta mucho más loca que su capitán. Lo mataran en cuanto puedan.

—Ya tengo suficiente. No me hace falta nada más. Gracias por vuestro consejo.

—Es un verdadero placer ayudar al amigo de nuestra amiga— Din sonrió. Tenía un trozo rojo de picante pegado en uno de los dientes.

—Como quieras— respondió Katherine.

Salieron fuera cuando devoraron toda la comida. Los caballos esperaban atados a unos maderos retorcidos, agitando las colas para espantar a la nube de moscas que revoloteaban sobre sus traseros. Katherine se acercó a Testarudo para guardar los dos libros en una de las alforjas de cuero negro que colgaba a un lado de la silla. El animal agitó la cabeza. El escudo de su familia estaba grabado en el centro: una rosa azul hielo con

gotas de agua corriendo por sus pétalos.

—Gracias por todo Thomas. Espero volver a verte de nuevo algún día.

—Tranquila volveremos a vernos—Thomas se dio la vuelta y entró en la casa.

Katherine se montó y partió junto con sus amigos hacia la casa del tío de Thomas.

Una vez se pusieron en marcha, un extraño escalofrío recorrió su cuerpo. Solo esperaba que aquel mal presentimiento no fuese nada o volvería a estar como al principio, sin saber que le ocurrió a su familia.

Capítulo 6

Unos días después....

La noche en la que Katherine, Din y Judit llegaron a la casa del tío de Thomas, había en el cielo una gran luna casi llena. Esa noche, todo estaba muy silencioso. A Katherine le resultó extraño, ya que por aquella zona solía haber un sinfín de ruidos provenientes del bosque.

Al llegar a la encrucijada que se dirigía a la casa, oyeron el resonar del acero. Se pusieron al galope por el sendero de tierra prensada cubierto de hierbas. Cuando llegaron al lugar, todo estaba en silencio. Los tres se bajaron de los caballos y una vez en el suelo empuñaron sus armas. Poco a poco se fueron acercando con mucha cautela desde varias direcciones. Katherine se situó frente a la puerta arqueada con una campana de metal clavada en su parte más alta. <<Los dioses protegen esta casa>> leyó la inscripción grabada en el metal.

Cuando extendió la mano para abrirla, un desconocido la abrió por ella con suavidad hasta que se estrelló contra la pared de adobo. Le sonrió con sus dientes negros y se abalanzó con una maza entre las manos.

Detrás de la casa, Judit se topó con otro de aquellos encapuchados que intentaba escapar por una de las ventanas que daba al huerto. Cuando aquel extraño la vio, salió corriendo dirección norte. Judit se llevó la culata de la ballesta al hombro. Apuntó. Cuando lo tuvo a tiro, aguantó la respiración y apretó el gatillo. La armadura era tan inútil como fea, repleta de parches y costuras. Solo se escuchó un sonido seco.

Katherine había logrado quitarse de encima a su adversario. Su cara quedó al descubierto. Era un hombre con la cara manchada de furúnculos casi más grandes que su nariz. El acero bailó en todas direcciones. Cuando se echó hacia atrás para esquivar la bola de metal cubierta de púas, su colgante quedó al descubierto. Aquel extraño se quedó hipnotizado al ver sus colores brillar bajo la luna.

Katherine le clavó la espada en el estómago. Comenzó a escupir sangre por la boca al mismo tiempo que la miraba con los ojos abiertos como platos. Eran azules. Su rostro demacrado reflejaba miedo. Al retirar la espada, de su interior emanó un gran chorro de sangre. Aquel hombre tiró maza al suelo. La pesada bola de metal se clavó en la tierra. En un intento desesperado por salvar su penosa vida, se puso las dos manos en el estómago para intentar tapar la herida. Cayó de rodillas para después caer de bruces contra el frío suelo manchado con su propia sangre. Katherine agarró el colgante para guardarlo. <<Los rateros han aumentado>> se dijo. Antes de que pudiera volver a guardarlo entre la ropa, otro atacante que había permanecido oculto entre los matorrales le

golpeó en la cabeza con una maza de madera.

Aquel hombre había visto desde su escondrijo como el colgante quedaba al descubierto. Durante un momento el dolor fue aterrador; sentía como la sangre corría con suavidad por su cara, mezclándose con la del hombre que había matado y su propio sudor. El olor le resultó agradable.

Aquel ratonzuelo se arrodilló sobre ella. Le clavó la rodilla en el pecho. Extendió la mano con pulso tembloroso. Sería la primera vez que tocara a una mujer a la que antes no hubiese pagado. Cuando ya lo tenía en la mano, Judit apareció por su espalda. Lo agarró por el pelo, y deslizó el cuchillo por el cuello cubierto de una barba que crecía a saltos. La sangre salpicó la cara de Katherine. Tiró el cuerpo sin vida a un lado. Su barba negra se tiñó de rojo.

<<Huesos y carne— pensó Judit—. Eso es lo que somos>> Judit se agachó para ayudar a su amiga a levantarse. Din llegó corriendo con la cara y las manos ensangrentadas.

—¿Estáis las dos bien?— preguntó Din mirando de un lado a otro—. Creo que ya no hay más pero iré a echar un vistazo por si acaso.

—Si— respondió Judit mientras miraba la herida de Katherine —. Puedes irte tranquilo.

—Nosotras entraremos mientras en la casa— Katherine se incorporó y se tocó en la parte de la cabeza donde había recibido el golpe. Tenía el pelo manchado de barro—. Haber con que nos encontramos dentro.

—Nada bueno— respondió Judit. El hedor a muerte pululaba en el aire—. Te lo aseguro.

Katherine y Judit se dirigieron hacia la casa.

Al entrar se quedaron muy sorprendidas al ver aquel espectáculo de sangre y vísceras. La muerte las rodeaba dentro y fuera. La mujer del tío de Thomas se encontraba tirada boca arriba, con innumerables heridas por todo el cuerpo y la ropa manchada por completo de sangre. Apenas si podía verse el color amarillo de la ropa. Su mano agarraba un colgante de jade y lapislázuli verde con destellos...rojos. El tío de Thomas se hallaba atado a una silla, con claros indicios de haber sido torturado. Judit se acercó a la mujer. Le habían sacado los dos ojos de sus cuencas. Katherine por otro lado llegó hasta el tío de Thomas.

Tenía quemaduras y cortes por todo el cuerpo. A él también le habían sacado los dos ojos. Las paredes y el suelo de la casa estaban adornadas con salpicaduras de sangre coagulada. Todos los muebles de la casa junto con sus pertenencias estaban esparcidos por todo el suelo. Aquellos

hombres habían estado buscando algo entre sus pertenencias. ¿Por qué tanta violencia por unas cuantas baratijas? Ya no tendrían respuesta a esa pregunta. Todo a su alrededor estaba muerto. Katherine se preguntaba si podría tener algo que ver con la muerte de sus padres. Fuese lo que fuese, allí ya no estaba.

<<Ya no queda nada>>

Capítulo 7

—Salgamos— dijo Katherine—. Ya no queda nada que salvar.

Antes de salir por la puerta, Katherine se frenó en seco, y al girar la cabeza hacia la izquierda vio encima de una pequeña mesita de roble los cuatro ojos. Cuando se acercó para verlo con más detalle, pudo ver que los ojos estaban en una copa de bronce pintada en dorado, con un cuervo dibujado en la base. No sabía muy bien que podía significar. Decidió llevárselos para intentar obtener algunas respuestas que arrojasen algo de luz a tanta muerte. Echó los ojos en un cuenco de madera y cogió la copa.

Salió al exterior. El olor dentro era insoportable. Din estaba arrodillado al lado del hombre de manos temblorosas. Cuando se acercaron a él, vio una marca en el cuello. Katherine clavó la rodilla sobre la seca hierba que había sobrevivido al combate, para ver mejor la marca. Din retiró la cota de malla para que se viese mejor aquel dibujo. Al descubrirle el cuello, vieron que aquel hombre llevaba tatuado un sol con un cuervo encima.

—¿Qué crees que significara esa marca?— preguntó Din sin tener idea alguna de lo que estaba viendo. Conocía vagamente las marcas de algunos de los nobles más ricos de la ciudad—. No he visto nada parecido nunca.

<<Estas rota. Tú y toda tu familia>>

—No lo sé— dijo Katherine con el rostro pensativo. Intentaba recordar todas las marcas que había visto en los libros—. Esta copa también tiene un cuervo pero no tiene ningún sol. Tráeme algo de sal

Katherine sacó un cuchillo y cortó la piel del hombre para llevarle también el tatuaje al consejo. El afilado cuchillo cortó la carne como si nada. Restregó la hoja contra el chaleco del cadáver.

<<Ya no le importará>> pensó.

—Judith, pásame un trozo de tela— Judith arrancó un trozo del bajo del pantalón. La tela se desgarró con facilidad.

—Aquí tienes— le dio a Katherine la sal y la echó sobre el trozo de piel y lo envolvió en la tela que le había dado Judith.

—¿Ya no se pudrirá?— preguntó. Din sabía sobre muchas cosas; combatir con la espada y el escudo, disparar con arco, montar a caballo, trabajar la madera, e incluso sabía algo sobre las épocas de siembra. Pero a la hora

de aprender cualquier simple tarea que requiriese más de cinco minutos de atención o una lectura de más de dos párrafos, era un negado. Se podría decir que era casi analfabeto. Las letras bailaban en el papel cada vez que intentaba leer o escribir una.

—Con esto no. Lo sabrías si hubieses aprendido a leer— dijo Katherine mientras lo guardaba todo en una bolsa de cuero.

—Esas cosas son para los niños. No para los hombres.

—Y por eso cualquier niño que haya cogido un libro sabe más que tú. Le enseñaremos esto al consejo, de este modo nos creerán los más recelosos. Tendrán que hacer caso de mis palabras. Se han acostumbrado demasiado a esos asientos tan cómodos del salón.

—Aquí no hay nada más que hacer— dijo Judit.

—Cierto—afirmó Katherine—. Volvamos a la ciudad.

—¿Avisaremos por el camino a Thomas de lo sucedido?— preguntó Din.

—No tenemos tiempo— dijo Katherine—. Hay que averiguar que está sucediendo. Esperemos que no sea demasiado tarde. Coged los cuerpos, metedlos dentro de la casa y prendedle fuego.

—Habría que enterrarlos— dijo Judit—. Deben reunirse con sus dioses. Eran los tíos de tu amigo

—A la mierda los dioses y a la mierda todo.

Avanzó con rapidez hasta la puerta de la casa, arrancó la campana y la lanzó al interior con furia. <<Los dioses le han ayudado tanto como a mis padres>>

—Eran sus creencias Katherine— dijo Judit sin poder creer lo que estaba viendo. <<Tanta carne desperdiciada>>

—Ya ves de lo que les ha servido. Quemadlo todo.

La discusión había terminado.

Din y Judit metieron los cadáveres dentro de la casa. Katherine cogió una antorcha. Miró como las llamas oscilaban en dirección a la casa. Estaban hambrientas.

La arrojó contra el tejado de paja. La antorcha formó un círculo naranja en el aire. Un silbido la acompañó. La pequeña llama comenzó a hacerse

más y más grande. Se estaba alimentando ferozmente de su presa. En cuestión de unos segundos todo el tejado estaba en llamas. La paja seca crujía igual que los huesos al ser golpeados por una maza. El fuego no tardó en abrirse paso hacia el interior. A los pocos minutos, la casa entera estalló en un mar llamas anaranjadas y azuladas que rivalizaba con el mismo sol. Una gran columna de humo se elevó hasta la oscuridad del cielo nocturno. El olor a carne quemada comenzó a impregnarlo todo. Resultaba horriblemente agradable. Era carne

<<Las tribus al norte de la ciudad de Plata se alimentan de carne humana cuando las cosechas y los pactos no son suficientes para alimentar a su pueblo. ¿Por qué no podemos nosotros hacer lo mismo?>> pensó Judit. Pronto los animales salvajes acudirían a reclamar su botín. Salieron al galope hacia la ciudad Linberis.

<<Otra pérdida de tiempo>> se dijo Katherine antes de apartar la mirada de las llamas

Al mismo tiempo en la casa de Thomas....

—Muy bien Thomas— dijo el extraño encapuchado—. Si sigues así muy pronto recibirás tu recompensa.

—Creo que Katherine sabía que la estaba siguiendo. Ha hecho muchas preguntas. No es tonta.

—No te preocupes por nada. Para ella no eres nadie.

—¿Y mi tío? ¿Ha pagado ya todos sus pecados?

—Si. Esos hombres nos han servido de mucho— dijo—. Su alma será castigada por nuestro dios.

—Gracias— dijo Thomas con una gran sonrisa a la vez que hacia una reverencia—. ¿Qué es lo siguiente que tengo que hacer?

—Esperar.

El hombre encapuchado salió de la casa de Thomas y se desvaneció en la oscuridad del bosque sin dejar rastro alguno.

FIN

Todos los derechos reservados